

Carta de Bogotá

Tan lejos y tan cerca del cielo

Luis Pulido Ritter

Mientras me acercaba a Bogotá en avión no podía dejar de asombrarme por la sabana bogotana, por lo bien que está organizada geoméricamente, y me recordó los paisajes europeos, especialmente franceses, alemanes u holandeses, donde las parcelas de tierras están bien divididas, donde pastan ganados bien alimentados (aunque sea como si fuesen caníbales: las vacas locas). Y, en el caso de Bogotá, que está a 2.460 metros sobre el nivel del mar, el ganado que pasta en esos terrenos es de origen europeo, como Hols-tein o Limousin, donde llevan una vida tranquila con un clima perfecto.

Esta impresión paisajística de la sabana bogotana, que está rodeada por sus hermosas montañas, creó en mí un cierto estado de bienestar que, de un momento a otro, eliminó de un plumazo todas mis aprensiones con respecto al país y, justamente, como había arribado un domingo al aeropuerto El Dorado, fui sorprendido por una avalancha de ciclistas que circulaban, como Pedro por su casa, por las ciclovías, que comenzó a construir el alcalde Peñalosa, y que continúa el actual alcalde Mockus, para darle a la ciudad el aspecto más tranquilo y placentero del mundo. Y, por lo tanto, no pude evitar acordarme de la primera ciudad europea que visité en mi vida, Amsterdam, y establecí inmediatamente la asociación, porque esta ciudad me impresionó en su día por la cantidad de bicicletas que circulaban en las calles, cosa que era algo totalmente diferente para un joven panameño que venía de una ciudad cuya mentalidad callejera es «¡sálvese quien pueda!» de los coches y, sobre todo, del transporte público.

Fue mucho el esfuerzo que hice para no decirle al taxista que me dejara en una esquina y que yo lo seguiría en una bicicleta hasta el hotel, porque, sin duda, estaba emocionado de seguir a los cientos de bogotanos que montaban placenteramente sus bicicletas en aquel *lovely* día, con un clima primaveral, unas calles muy limpias, y un transporte público como el Transmilenio (cuyo modelo se quiere aplicar en Santiago de Chile) e, irremediamente, me pregunté asombrado: «¿Esta gente en qué país vive?» Y como ya estamos acostumbrados al viejo ejercicio ecléctico que inunda nuestra vida cotidiana y moderna, fui yo quien terminó preguntándose si había llegado al país de mi destino: Colombia. Miré a mi alrededor

y no tuve más remedio que ver nuevamente, y comparar, la primera página de un periódico europeo, que había traído conmigo, con la impresión de la realidad que estaba viviendo en ese instante, pues, como aquella vez que estuve por vez primera en Amsterdam, tuve el sentimiento repentino de que estaba muy cerca del cielo, sentimiento que se vio confirmado por el sector norte de Bogotá, donde estaba ubicado mi hotel, un sector que está repleto de parques muy bien cuidados, con muchas flores por doquier, sin rastros de estiércol sobre la hierba, y establecí otra asociación con los parques adorables y agradables de Lisboa. Me acosté en la cama con la mayor de las sorpresas. ¿Acaso qué esperaba? ¿Que me recibieran con una bomba en el aeropuerto? ¿Que me llevarían al hotel en un carro blindado? Lo cierto es que, antes de cerrar los ojos, recibí una llamada de mi mujer desde Berlín, preguntándome mil y una cosas sobre el país y, por supuesto, por mi seguridad en Bogotá. Cuando le comenté mi impresión del primer día, sólo escuchaba de ella que reaccionaba con un tono bajo, casi imperceptible, tono que conozco muy bien cuando no me cree una historia porque, si bien le gusta mucho la literatura, tiene el no confesado prejuicio con respecto a los escritores que, de alguna manera, son inventores.

Ya a las seis y media de la mañana tenía los ojos abiertos por el horario trastornado. Lo primero que hice fue tomar el control remoto de la televisión que estaba sobre la mesita de noche y, en contra de la impresión del domingo, pude darme cuenta por la televisión colombiana de que el lunes había amanecido con un bombazo que descuartizó cuerpos a diestra y siniestra, pero no en el sector norte, donde yo vivía, sino en el sur, empobrecido y marginal. En un abrir y cerrar de ojos, la presentadora pasó revista a otros bombazos, a falsas alarmas, y a otras bombas que habían sido descubiertas por los vecinos. Y es que en Bogotá, para no decir en Colombia, la gente, como dicen ellos, «no dan papaya» y, como decimos los panameños, «ponemos ojo al Cristo», que significa estar atento y alertas. Salté de la cama, confieso, con cierta preocupación, pues tenía varias citas de trabajo en la ciudad y, preferiblemente, como así se hizo, recibiría a la gente en el hotel, con los dos alemanes que habían venido conmigo.

En el desayuno no terminaba de comer mis tostadas cuando una secretaria de la recepción vino a mi mesa para dejarme un fax que habíamos recibido de Alemania. Pero, en el traspapeleo, que es típico de las oficinas, estaba entre los papeles un fax de la Embajada Americana, confirmándose la reserva para un grupo de funcionarios. Yo levanté la cabeza del fax y, con mucha tranquilidad miré a mi alrededor, y me di cuenta de que en otras mesas habían otros americanos, jóvenes, con cuerpos bien constituidos, cortes de cabello militares, y me pregunté seriamente si ese debería ser el

hotel donde debería estar alojado dos semanas. Sin dejar de tomar mi café mostré el fax a mis dos compañeros alemanes, que no comprendían una sola palabra de español (y por eso no sabían cómo había amanecido Bogotá), pero sí de inglés y, después de que lo leyeron, uno de ellos alzó las cejas, y dijo: «Wir müssen von hier raus» (Tenemos que salir de aquí).

Me devolvieron y, sin decirnos mucho, llegamos a la conclusión de que lo mejor era buscar otro hotel. Ya habían pasado cuatro meses del 11 de septiembre y, si bien había pensado que estábamos exagerando la situación, lo mejor era levantar toldas, poner pies en polvorosa e irnos a otro hotel con toda la tranquilidad del mundo. Con el fax en la mano me acerqué a la recepción y le dije a la secretaria que, por favor, cancelara nuestras cuentas. Me preguntó sorprendida si había algo que no nos gustaba en el hotel. Le dije que nos había gustado mucho, que la atención era excelente (era totalmente cierto), que las habitaciones eran muy cómodas (habíamos recibido *suites* por sesenta dólares al día) y que la comida era muy buena. Ella me dijo que esperara un momento y, al cabo de unos minutos, salió con la jefa de ventas del hotel, una mujer joven que no debería estar por encima de los treinta años, y cuando le dije que la secretaria había puesto el fax en mis manos por equivocación, y que mis compañeros y yo, por esta razón, no nos sentíamos muy seguros, ella, sin soltar la sonrisa de su rostro, dijo: «Es cierto lo que usted dice. Pero no lo diga muy en alto, por favor».

Salimos del hotel. Ya instalados en otro hotel del sector norte, aunque más modesto, y más orientado hacia otro tipo de clientes, nos sentimos mucho más tranquilos a pesar de que no dejábamos de pensar que de alguna manera habíamos exagerado un poco. No obstante, por mi instinto de seguridad, y también alarmado por los bombazos que había podido escuchar en la televisión y leído en los periódicos, pasé prácticamente dos semanas encerrado en el hotel, sin ir a los lugares de encuentro nocturnos, como bares y discotecas, pues precisamente en uno de estos sitios de otra ciudad, que no está lejos de Bogotá, explotó una bomba causando muchas víctimas. Los únicos días que me permití caminar por la ciudad, sin poder quitarme el sentimiento de inseguridad, fueron precisamente el sábado y el domingo. Y exagero cuando digo por la ciudad. Más bien salí a caminar por el sector norte, esta parte aparentemente tranquila de Bogotá, donde no se ve jugar niños en los parques sin la protección y vigilancia celosa de los padres o las domésticas uniformadas, donde las casas están vigiladas por guardias de seguridad, que le piden a uno sus documentos en la noche

(¡pues bicho caminando es cosa muy extraña!), donde algunos jardines infantiles están protegidos por murallas y cámaras de vídeo.

No puedo dejar de escribir la insatisfacción interior de montarme en el avión de regreso a Europa, aunque, para ese momento, ya sabía que Bogotá sería la ciudad donde regresaría frecuentemente por razones de trabajo. De todas maneras acariciaba el momento de encontrar a mi mujer y a mi hija de diez meses; caminar por Berlín sin tener que pensar si los taxis eran ladrones circulando o no (como muchos bogotanos me advirtieron para que tuviera un taxi fijo, seguro y conocido), aunque viajé en muchos taxis sin el menor problema; salir en las noches sin plantearme el asunto de la seguridad, ¡la bendita seguridad!, que lo persigue a uno hasta en los recovecos más insospechados, porque el mismo bogotano, con sus medidas de seguridad, te lo recuerda todos los días, en los museos, en las oficinas, en los bares, en los taxis, en los hoteles, en las reuniones y en las calles, y lo que se llama libertad, el sentimiento de libertad de la vida cotidiana, desaparece en un tumulto de vigilancias, controles y miradas atentas de tu vecino para que no te pasa nada y, como nadie sabe qué puede suceder, para que tú no le hagas nada.

Y antes de partir de Bogotá, después de haber tenido un domingo bastante agradable, ya que la ciudad tiene muchas cosas históricas que conocer, estoy sentado en el bar del hotel con una cerveza debajo de mi nariz. Al frente mío tengo el barman que enjuaga los vasos y copas y, justo detrás de él, está la televisión que está pasando las noticias de la semana. Tan pronto la periodista termina de informar sobre los bombazos de Bogotá, pasa a informar con imágenes los atentados que han ocurrido en Israel, y el barman, que, hasta ese momento, había escuchado con indiferencia lo que había pasado en su tierra, gira sobre sus pies para ver las imágenes de aquel país que está a miles de kilómetros de distancia, y dice: «En Israel no quiero vivir. No señor».